

FIESTA, IMAGEN Y REVELACIÓN

HACIA UNA TEOLOGÍA
LATINOAMERICANA DE LA IMAGEN

FIESTA, IMAGEN Y REVELACIÓN
Hacia una teología latinoamericana de la imagen

© Federico Aguirre Romero

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 · Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl · 56-228897726
www.uahurtado.cl

Esta publicación ha contado con el apoyo a la publicación de una monografía teológica otorgado por la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Impreso en Santiago de Chile
Primera edición: enero de 2025

ISBN libro impreso: 978-956-357-519-4
ISBN libro digital: 978-956-357-518-7

Este es el vigésimo sexto tomo de la colección Teología de los tiempos

Los libros de Ediciones UAH poseen tres instancias de evaluación: comité científico de la colección, comité editorial multidisciplinario y sistema de referato gego. Este libro fue sometido a las tres instancias de evaluación.

Esta publicación ha contado con el apoyo a la publicación de monografías teológicas, otorgado por la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Colección Teología de los tiempos

Coordinador Colección Teología de los tiempos: Diego García
Dirección editorial: Alejandra Stevenson Valdés
Editora ejecutiva: Beatriz García-Huidobro
Diseño interior y portada: Alejandra Norambuena

Imagen de portada: Fotografía durante la residencia artística con estudiantes en La Tirana, año 2017.



Grupo de
Editoriales
Universitarias
AUSJAL

Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

FIESTA, IMAGEN Y REVELACIÓN

HACIA UNA TEOLOGÍA
LATINOAMERICANA DE LA IMAGEN

FEDERICO AGUIRRE ROMERO



uah/Ediciones
Universidad Alberto Hurtado

CENTRO TEOLÓGICO MANUEL LARRAÍN

CONTENIDO

PRÓLOGO

Antonio Bentué..... 11

INTRODUCCIÓN 15

CAPÍTULO I

El acontecimiento de la imagen 25

CAPÍTULO II

La imagen de culto 83

CAPÍTULO III

La fiesta religiosa 129

CONCLUSIONES..... 155

REFERENCIAS 159

ÍNDICE ANALÍTICO 171

Para Eirini y Violeta, por acompañarme a lo largo
de este dilatado y hermoso viaje de regreso a casa.

PRÓLOGO

El amigo y colega Federico me ha pedido hacer un comentario al texto suyo que va a ser publicado con el título *Fiesta, imagen y revelación*. Y no puedo negarme a ello. Por eso he leído con gran interés estas páginas para interiorizarme de su contenido y así traspasar mi reacción a este comentario, hecho con gusto y con gran interés de aprender de la larga experiencia que Federico tiene sobre esta temática, con sus años previos de maduración, inserto en el mundo de la ortodoxia cristiana griega.

El autor estructura el texto en tres partes: I. El acontecimiento de la imagen, II. La imagen de culto, y III. La fiesta religiosa, vinculada a la imagen de culto.

En la primera parte describe minuciosamente y de primera mano las celebraciones populares vinculadas a tres imágenes religiosas en Chile: La Chinita de La Tirana, San Pedro de Caleta Portales y El Nazareno de Caguach.

No hay duda de que la teología de la imagen ha sido particularmente central en la teología ortodoxa desde el final de las luchas iconoclastas y acompañada de la teología de grandes Padres griegos, como Juan Damasceno o Teodoro Estudita, con la ratificación de su valor teológico hecha en el Concilio VII de Nicea a favor del culto a las imágenes como actuación del realismo cristológico de la Encarnación del Verbo.

Luego, el autor se concentra en la celebración de las fiestas religiosas populares en América Latina, después de la llegada de los misioneros cristianos y su proceso evangelizador, mostrando muy bien el paso de una “negación” inicial a lo que denomina la

ulterior “negociación” entre misioneros e indígenas convertidos al cristianismo. Como resultado de ella surgen del pueblo indígena las nuevas imágenes religiosas, cuyos prototipos más reconocidos, a nivel de todo el subcontinente, son las imágenes la Virgen María de Guadalupe y de Copacabana.

De esta manera la imagen se convirtió en el principal vehículo de evangelización en el mundo indígena. Lo cual suscitó, de inmediato, sospechas de parte de la ortodoxia “oficial” católica, como también de parte del proceso moderno secularizador, tal como lo destaca, criticándolo, Methol Ferrer (p. 41). Sorprende que, en un tipo análogo de crítica a la negación del valor del culto popular a las imágenes, Federico apela a la autoridad del filósofo del lenguaje L. Wittgenstein en su aguda crítica a ciertos aspectos de la obra de Frazer *La rama dorada*, con su concepto de “magia homeopática” aplicado al mundo indígena “primitivo”. En esa misma línea es igualmente notable el amplio recurso hecho por el autor a la obra de Alfred Gell, “Arte y agencia”, cuyo modelo de análisis asume el mismo Federico en la línea de la llamada *new material culture*. Según esa filosofía del arte, el atribuir intención a los objetos es propio del ser humano (no solo del “primitivo”) (p. 86), puesto que la antropología del arte implica volver a las cosas mismas, ya que “conocedor y conocido, sujeto y objeto, se determinan uno al otro” (p. 89).

Federico toma la filosofía “agencial” de Alfred Gell como medio para comprender mejor la religiosidad popular en su auténtica perspectiva de “arte popular”. La imagen sagrada es ahí “índice” existencial del pueblo que celebra en relación con el santo a quien celebra. De esta manera, “la imagen no opera solo semióticamente, sino, en primer término, sacramentalmente (...). No solo significa, sino que realiza la santificación del ser humano”. Y, para ratificar lo anterior, Federico apela a la autoridad de J. Ratzinger, quien expresa: “las imágenes (religiosas) son memoria cristalizada de la actuación de Dios en el tiempo”. Y refuerza la misma idea con la expresión de Alfred Gell, algo

ambigua por su riesgo de idolatría, al decir que “se venera una imagen porque en ellas se reconoce la presencia de una divinidad” (p. 94), citando como fundamento magisterial el Concilio anti-icnosta que condena con anatema “si alguien no confiesa a Cristo nuestro Dios circunscrito (en la imagen) según la humanidad” (DH 606).

El autor destaca que la teología de la imagen es sobre todo valorada en el mundo de la Iglesia oriental, ortodoxa, que reaccionó con fuerza contra la iconoclastia del siglo VIII. En Occidente, en cambio, el acento teológico se desarrolló con una teología escolástica más deductiva y teórica. Y entró en crisis a partir de la Reforma de Lutero, con la sola Escritura como criterio, y, agudizándose después, con la irrupción del pensamiento racionalista.

Federico asigna con fuerza el carácter de “lugar teológico” a la religiosidad popular, e incluso a las fiestas religiosas populares, celebradas alrededor del culto a imágenes. Centrándose particularmente en la religiosidad latinoamericana, y valorando en especial el carácter de “encantamiento” suscitado en el mundo popular durante las celebraciones festivas propias (p. 134). Sentimiento que recuerda el análisis hecho por el gran fenomenólogo de la religión Rudolph Otto, en su obra clásica *Lo Santo*, en la que describe el carácter de *Tremendum y Fascinans* propio de la auténtica experiencia religiosa. Y, citando a Goethe, el mismo Otto expresa: “El estremecimiento (*Gruseln*) es la mejor parte de la humanidad. Por mucho que el mundo se haga familiar a los sentidos, siempre sentirá lo estremecedor profundamente conmovido” (*Lo Santo*...Madrid, Alianza Editorial, 1985, p. 7 y 23).

El trabajo que Federico ha realizado con este texto es realmente notable y marca una perspectiva teológica, bastante olvidada en América Latina durante el impacto de la Conferencia Episcopal de Medellín (1968), que puso todo su acento en la relación entre fe cristiana y liberación de las injusticias, señalando como verdadero “signo de los tiempos” los movimientos de

liberación social surgidos en el subcontinente en esos años. En cambio, la dimensión teológica de la religiosidad popular quedaba fuera. Incluso algunos veían en ella un aspecto distractor de la urgente necesidad del apoyo teológico cristiano a ese movimiento de liberación social. Tuvo que venir el Sínodo de Puebla (1979) para poner el acento en esa religiosidad popular y en sus supuestos de culto a las imágenes religiosas, con la dimensión celebratoria “sacramental” de sus fiestas, como ingrediente fundamental de la cultura popular. Y Federico cita, en ese mismo sentido, al papa Francisco, quien expresa: “La cultura abarca la totalidad de la vida de un pueblo (...). La gracia supone la cultura, y el don de Dios se encarna en la cultura de quien lo recibe” (EG 115).

Quizá sería una tarea pendiente la elaboración teológica que sintetice esas dos perspectivas de “religiosidad popular” y de “liberación popular”, como un único signo de los tiempos expresado en el sentimiento propio del pueblo fiel (*sensus fidelium*). Y, sin duda, el trabajo realizado aquí por Federico puede constituir un gran aporte para un diálogo teológico latinoamericano en esa dirección.

ANTONIO BENTUÉ

Teólogo, Talcahuano, mayo de 2024